

¡Expo Quinceañera!



Cómo una inspirada familia mexicana-estadounidense encontró la manera de honrar una venerada tradición cultural y los derechos de su niña... ¡todo en un día festivo memorable!



Cuando Javier, un trabajador social, le preguntó a su hija Andrea, de 13 años, si quería una fiesta de quinceañera, no le sorprendió en absoluto que ella respondiera con un rotundo “¡No!”, como tampoco oírla decir que lo que realmente quería para su 15º cumpleaños era una pequeña fiesta familiar y un aro de baloncesto en el jardín de la casa.

Aunque las tradicionales fiestas mexicanas que celebran los 15 años de las jóvenes se han vuelto inmensamente populares en los Estados Unidos, en la vida de Andrea había tantas otras cosas que ella quería hacer. Le encantaba su trabajo escolar, actuar en obras teatrales de la escuela y también su interés más reciente: producir videos. Además le fascinaban los deportes. De hecho, mamá y papá se sentían orgullosamente complacidos por el deseo de su hija de pasar por alto la elegante fiesta de quinceañera.

Sin embargo, apenas tres meses antes de que Andrea cumpliera 15 años, las cosas se salieron de control. La familia hizo un viaje para visitar a parientes en el Valle Central de California. Cuando inevitablemente salió a colación el tema sobre los planes para el cumpleaños de Andrea, Javier comenzó a explicar casualmente lo que su hija quería en vez de la fiesta tradicional.

“¿Qué?!” exclamaron horrorizados los parientes. “¡Pero ya escogimos la ropa que nos pondremos!” “Esa”, dice Javier, “fue sólo la primera presión”.

En una cultura donde las familias suelen empezar a pensar en la fiesta de los 15 años desde el día en que una niña nace, los parientes de Javier no estaban dispuestos a oír nada respecto a pasar por alto un acontecimiento tan venerado a lo largo del tiempo.

De vuelta en casa, Javier y su familia tenían ahora menos de tres meses para descifrar la manera de cruzar una de las fisuras más conflictivas que atraviesan el corazón de cualquier sociedad: por un lado, cómo honrar fielmente las tradiciones culturales propias y, por otra parte, defender al mismo tiempo los derechos y deseos de una niña.

Cuando estos dilemas chocan, como suele ocurrir, por lo general triunfan las consagradas exigencias de la tradición. Y pocas tradiciones están más arraigadas en el rito que la fiesta mexicana de la quinceañera. Aun así, Javier y su familia resolvieron encontrar alguna manera tanto de observar la tradición como de honrar los deseos de Andrea.

«¡Con este mercado encontramos una mina de oro!»

—Participante en la Quinceañera Expo—

Se especula sobre los orígenes exactos de las celebraciones para quinceañeras. Hay quienes dicen que datan de un ritual español del siglo 15 en el cual las jóvenes, en su 15º cumpleaños, eran acompañadas por su comunidad hasta el altar de la iglesia local. Allí las chicas declaraban, frente a toda la congregación, que dedicarían su vida al matrimonio o a ser monjas.

Tras la conquista española del Nuevo Mundo, a lo largo de América Latina se esparcieron, hasta diferentes grados, variaciones del ritual del 15º cumpleaños de una joven. En ninguna parte se arraigó tan firmemente este rito como en México. El rito español se fundió fácilmente con el rito azteca mexicano en el cual una joven, al cumplir 15 años, era inducida en la función y los deberes que implicaba el ser mujer.

En el México actual, la fiesta de quinceañera, aunque suele ser una reunión social que se realiza en un jardín trasero, está revestida de capas de patrimonio y significado. Es una inducción a la noción tradicional de la feminidad. Es ser princesa por un día. Y es la presentación que la familia hace de su hija a la comunidad, indicando que la joven está disponible para el noviazgo y el matrimonio.

Pero es en los Estados Unidos de hoy donde la fiesta de quinceañera ha alcanzado sus proporciones más lujosas, floridas y financieramente incapacitantes. No cabe duda de que la extravagancia se debe, en parte, a la necesidad de las personas recién llegadas de fortificar su identidad cultural en una tierra extranjera. Y siempre dispuesto a avivar las llamas está el instinto del capitalismo estadounidense, preparado para sacar provecho de las sensibilidades étnicas.

Muchas empresas estadounidenses, como Quinceañera Expo, han surgido con toda la fuerza de las industrias nupciales para montar espectáculos exitosos en comunidades latinas de todo el país. Las familias latinas, afirma el sitio virtual de Quinceañera Expo, gasta un promedio de \$21,000 en la ceremonia de un día que con todo su ritual y gala se asemeja mucho a una boda y con frecuencia la supera en extravagancia.

O, como asegura una empresaria en el sitio virtual de Quinceañera Expo, “¡Con este mercado encontramos una mina de oro!” Las familias latinas pasan dificultades durante años para pagar las deudas de sus fiestas de quinceañeras.

«Y ahora mírame. Yo mismo estoy metido en esto.»

—Javier—

Javier concuerda. “Lo más barato”, dice, “lo más barato que puedes conseguir asciende a \$12,000”. Y relata que a su tía todavía se le hace difícil para pagar las facturas de la fiesta de quinceañera de su hija, que fue hace dos años.

No es sólo la familia inmediata la que se ve ahogada por los gastos. También a la familia extendida, amistades, vecinas/os y otras personas de la comunidad se les pide constantemente que sean ‘padrinos/madrinas’, para ayudar a sufragar los costos de la iglesia, el salón de la fiesta, la limosina, el servicio de banquete, floristas, el pastel, las invitaciones, instructoras de danza,

11 meses antes

- Discutir sobre los planes presupuestarios con padrinos/madrinas potenciales
- Visitar sitios donde podría realizarse el evento
- Reunirse con proveedores de alimentos para degustación
- Seleccionar el estilo de la invitación
- Decidir si el vestido de la joven será comprado o hecho a su medida

Y así va el asunto, mes tras mes, durante todo el año de anticipación, que por supuesto empieza cuando la joven cumple 14 años. También es su primer año de la preparatoria, pero con toda la presión del trabajo que implica planificar la fiesta de quinceañera, queda muy poco tiempo para mantener las tareas escolares al frente y al centro. Además, en vez de pasar su tiempo de adolescente explorando nuevas amistades y actividades, la próxima quinceañera tiene a su cargo la monumental tarea de conservar a sus 14 escoltas—siete chicas y siete muchachos—durante las tensiones de las prácticas de baile, pruebas de ropa formal, ensayos y los afanes de los altibajos adolescentes.

Los meses pasan. La familia y la comunidad se involucran más y la joven va quedando cada vez más atrapada en las metas de su fiesta. No hay cambio de curso.

Y eso también puede ayudar a explicar la forma exagerada que la fiesta de quinceañera ha adoptado en suelo estadounidense. Responde al temor, entre muchas familias inmigrantes, de que sus niñas percibirán las nuevas e incitantes libertades a su alrededor y se saltarán el cerco. Con todo lo que se invierte en la fiesta de quinceañera, el modelo de princesa nupcial del ser mujer parece afianzarse y asegurarse.

Javier no es el único padre mexicano-estadounidense que ve el asunto de manera diferente. Le deleita que su hija explore nuevas libertades e intereses y la está alentando a hacerlo. Quiere que los fondos de la familia sean destinados a la educación de la joven. También quiere verla saltándose el cerco.

Javier tampoco es el único padre mexicano-estadounidense que se siente atrapado y desgarrado ante las trabas de este evento. Como una celebración alternativa, hay quienes han empezado a evitar el conflicto enviando a sus hijas junto a algunas de sus amistades en viajes al extranjero. Pero muchas otras personas sucumben infelizmente a la presión. Javier y su familia, sin embargo, creen haber encontrado otra manera.

«Haré cualquier cosa. Incluso me pondré el vestido, pero no voy a bailar enfrente de toda la gente.»

—Andrea—

Ya se habían hecho los preparativos, las innovaciones y compromisos. Cuando Javier y su familia iban en el auto por el largo tramo de carretera para el gran día en el Valle Central, él podía ver que su hija estaba nerviosa. La mañana siguiente, mientras todos se vestían, Andrea no podía encontrar el cinturón de su vestido y todas las presiones hasta entonces reprimidas se salieron de su control.

“Nunca quise esto”, le dijo llorando a su padre. Él le respondió de todo corazón: “Tampoco yo quería esto para ti, m’ija”.

Javier hizo todo lo posible para calmar a su hija. Pero al llegar al jardín de su amigo, donde se realizaría el evento, pudo notar lo incómoda que Andrea se sentía con el maquillaje y el vestido que eran totalmente opuestos a su propio estilo. “Me preocupé”, dijo. “Yo podía ver esa mirada en la cara de ella... esa mirada que tienes cuando te sientes horriblemente fuera de lugar”.

Aun así, no pasó mucho tiempo antes de que las innovaciones de la familia comenzaran a hacer su magia. En vez de siete muchachos y siete chicas del grupo de amistades de la joven que son escoltas tradicionales para acompañarla y bailar con ella, sus escoltas fueron niñas y niños de dos a seis años de edad de la familia extendida y lucían adorables.

Este cambio le evitó a Andrea los meses de angustia que habría pasado teniendo bajo sus riendas a sus 14 amigas y amigos. También eliminó por completo las tensiones del ritual apareamiento sexual de jóvenes que apuntala el evento tradicional para las quinceañeras. Por el contrario, tal como fue pronosticado y planificado, los inquietos niños y niñas no podían quedarse sentados y ciertamente no podían comportarse formalmente. Empezaron a correr por todos lados, haciendo muecas y entibiando el ánimo en el lugar. Andrea y el resto de la gente empezaron a divertirse.

En las complicadas negociaciones previas al evento, Andrea le había dicho a su padre: “Haré cualquier cosa. Incluso me pondré el vestido, pero no voy a bailar enfrente de toda la gente”.

El baile es un pilar de la fiesta tradicional y moderna de las quinceañeras. Al igual que en una boda, la cumpleañera baila primero con su padre, luego con su principal escolta masculino y después con cada uno de los otros muchachos escoltas. El baile alude a la narrativa de una hija princesa quinceañera que está siendo entregada por su padre para que los hombres de la comunidad se acerquen, la observen y compitan por su mano.

Javier estaba más que contento de honrar el deseo de su hija. Andrea no tendría que bailar frente a toda la gente en su 15º cumpleaños. Sobre todo, el juguetón grupo de niñas y niños saltando y bailando hizo que no se notara la ausencia del baile formal.

Arriesgándose a la ira de la gente mayor

Javier se había sentido nervioso respecto a modificar su propio papel en la celebración. Tradicionalmente, el padre de la quinceañera tiene un rol estrecho pero muy bien prescrito. Es quien baila primero con ella antes de entregarla a otros. Más adelante le quita a la joven sus zapatos de niña, generalmente deportivos, y los reemplaza por zapatos de baile con tacón alto.

Apartándose drásticamente de este guión, Javier organizó una presentación de diapositivas del crecimiento de su hija, destacando las muchas razones por las que él y su esposa sentían tanto orgullo de ella.

Esto, en sí mismo, ya parecía lo suficientemente atrevido como para enojar a las personas mayores tradicionales. Pero, además, Javier había planificado contarles, durante la presentación, todo lo que

él había aprendido respecto a ser padre; que había empezado siendo autoritario y distanciándose del sustento emocional diario de sus hijos/as, y también había gritado mucho.

Él relató cómo a lo largo de los años, siendo padre y trabajador social, había aprendido las muchas recompensas de comportarse de otra manera; de abrazar, escuchar, participar, leer y jugar.

Mientras hablaba cuando cada diapositiva aparecía, Javier no sabía cómo interpretar el silencio que se asentó en el salón. No fue sino hasta que finalmente tuvo la oportunidad de voltearse que vio las lágrimas en los ojos de muchas de las personas mayores más tradicionales de la familia. Después se le acercaron con asombro. Él les había derretido y conmovido el corazón.

El hecho de haberse apartado del ritual no había importado en absoluto. De hecho, abrió y liberó la celebración e hizo espacio para la persona individual y única que era Andrea, no una princesa de cuentos de hadas.

De vuelta a casa en el auto, Javier le preguntó a Andrea cómo se sentía respecto al día. Ella respondió desde el asiento trasero con un conocido y afilado gruñido adolescente. Sin embargo, un momento después dijo que realmente le había gustado el tiempo que tuvo para hablar con las personas mayores de la familia y estar cerca de ellas.

Pero aún estaba por venir lo que más le gustó a Andrea. Esperándola en el jardín trasero de su casa estaba ya colocado un nuevo un aro de baloncesto, listo para que ella empezara a practicar con él.



Se autoriza copiar y distribuir esta información siempre y cuando el crédito y el texto se mantengan intactos.

© **Todos los derechos reservados, Marie De Santis,**

Women's Justice Center ♦ Centro de Justicia para Mujeres

www.justicewomen.com ♦ rdjustice@monitor.net

Traducción por Laura E. Asturias ♦ Guatemala ♦ www.transwiz.org

Foto de portada: <http://bit.ly/1VX1pqG>